

Cs, tras la travesía del desierto

ENTRE BASTIDORES
Manuel Gómez Tejedor



Aunque cueste recordarlo, Ciudadanos no tuvo verdadero peso en la Comunitat Valenciana hasta las elecciones locales y autonómicas de 2015. Entonces obtuvo trece diputados autonómicos con **Carolina Punset** a la cabeza, y seis concejales con **Fernando Giner** de alcaldable. Fue aquel año el que empezó a escucharse el concepto de sorpasso para referirse a la posibilidad de arrebatarle la hegemonía del centro político al otrora todopoderoso PP, que ya presentaba numerosas vías de agua causadas por la corrupción y las crisis externas e internas.

En cuatro años, Ciudadanos ha aumentado en más de 150.000 los apoyos en las elecciones autonómicas y ha incrementado en más de 25.000 sus electores en la capital, produciéndose de facto el *sorpasso*.

Ese crecimiento merece un análisis, dado que el camino de Ciudadanos no ha estado precisamente exento de problemas estos años. Punset abandonó el partido en 2016. **Alexis Mari** y tres diputados autonómicos de la formación hicieron lo propio en 2017, dejando al grupo parlamentario con nueve de sus trece diputados iniciales. Las tensiones por el supuesto cambio de rumbo ideológico pasaban factura al partido de **Rivera**. A esto cabría añadir el dudoso papel de oposición de los diputados de Ciudadanos, al apoyar más de la mitad de las leyes del gobierno del Botànic, que junto a las abstenciones arrojan un 70% de bendición a las políticas del Consell progresista.

Ya en fechas más recientes, la llegada de **Toni Cantó** como candidato a la Generalitat tampoco supuso, de entrada, un bálsamo para Ciudadanos. A dos históricos como **Emilio Argüeso** y **Juan Córdoba** se les imposibilitaba ir en listas. En la capital, su líder en los últimos cuatro años, Fernando **Giner**, también tuvo que enfrentarse a una crisis que originó el abandono de dos concejales, mermando el grupo de concejales.

Pues bien, a pesar de todos estos avatares, los datos confirman el perdón de los pecados: la candidatura autonómica de Cantó ha subido cinco puntos con respecto a las pasadas elecciones, y Giner hace quince días colocaba a Ciudadanos como tercera fuerza, con un incremento de cuatro puntos. A días estamos de saber si su esfuerzo tras la travesía en el desierto se verá recompensado con la vara de la alcaldía. Al final de ese camino tiene que superar a la candidata popular, **M^a José Catalá**, política experimentada que se creará en los últimos días y a los dos candidatos progresistas, **Joan Ribó** y **Sandra Gómez**. Ni a babor ni a estribor se lo pondrán fácil y los últimos datos ya lo apuntan así.

Lo próximo, manguitos

LIBERTAD DE BARRA

Juanma Velasco

Escritor y gestor de textos

www.teescribologoquaiuas.com



Yo quisiera parecerme al **Alfredo Pérez Rubalcaba** al que los obituarios han extirpado cualquier vestigio de maledicencia. Pocas veces la muerte de un político ha despertado tanta contrición colectiva como la de un Rubalcaba al que cuando se vio forzado a dimitir por los malos resultados en 2014, los suyos, los socialistas, no le dedicaron los elogios que ahora le ofrendan en competición por ser el más empático. La superficialidad ficticia y empalagosa de las necrológicas desterrando cualquier sospecha de mala praxis humana en vida, de haber pertenecido a las amplísimas cloacas del Estado, de ordinario contingentes, gobiernen populares o socialistas. Pero a mí también me caías bien, Alfredo, lo escribo sin dobleces.

Yo quisiera ser bien pensado, incluso sumiso, con el sistema; presentar mis mejillas otrora cristianas, las dos, para recibir las bofetadas legislativas de uno u otro gobierno, a la postre importa poco su cariz; y en virtud de esa pretensión de buenismo quisiera no tener que asombrarme con la puesta en marcha de la ley de fichar obligatorio y la aludo así por pereza de no *googlear* su nombre de BOE y porque no estoy seguro de si debo rastrear en el apartado de leyes o en el de las chapuzas ideadas por algún mítico personaje de los extintos tebeos.

Aluden los pretorianos que se ocupan del empleo y sus derivados del actual Gobierno en funciones, ministros a los que presumo más capacidad para obedecer que para legislar, que se aproximan a tres los millones de horas semanales que las empresas ratean a sus empleados ante la inexistencia de control obligatorio en horarios y calendarios. Tres millones de horas semanales divididas entre veinte millones, aproximados también, de trabajadores, arroja un redondeo de diez minutos, cortos, laborados de más por trabajador y semana: la estadística desnudando. Sí, ya, me lo sé: generalización en mi análisis, selección interesada de argumentos críticos, presunto desprecio hacia

esa minoría que sufre los abusos horarios de sus patrones bajo la amenaza de la no renovación; me sé la letra pequeña de la potencial disconformidad con mi razonamiento, pero la entrada en vigor del reloj laboral universal, patrio si eliminamos la hipérbole, se me antoja uno de los mayores disparates reguladores de los últimos años, ¿décadas?

Imponer la obligatoriedad empresarial de que la totalidad de la plantilla estampe su iris, dáctilo, prepucio o sus humores corporales en un registro acumulable durante cuatro años se me antoja una ocurrencia socialista sin fundamento, precipitada, promulgada sin reglamento, apenas una guía práctica apresurada, una muy española manera de involucionar en lo laboral, un despliegue de la VI flota para acabar con una plaga localizada de cuervos, una exhibición de tremendismo que sin duda entresacaré lo más granado de la picaresca española (por ambas partes, contratante y contratada) y que si tiene como objeto crear empleo, sin duda lo va a conseguir en lo tocante al necesario incremento de la policía laboral para ejercer el control y la represión contra los pícaros cazados in fraganti.

No creo ser sospechoso de deslealtad hacia una clase trabajadora a la que pertenezco. Durante muchos trienios, uno fue sindicalista sin carné, de los de ayudar a sus iguales sin atender a siglas y que pese a poder ejercer su derecho a liberarse, no se tomó una hora de menos, de las gratuitas, de las que se conceden los liberados sindicales profesionales para recoger a sus hijos del colegio. Confieso que en su momento incluso sugerí a la dirección de mi anterior empresa la retirada del reloj que reguló siempre, durante más de dos décadas de asalariado, mis horarios laborales antes de ingresar en el purgatorio del autónomo. Obedecía la solicitud de retirada experimental a una apuesta personal hacia la responsabilidad del individuo frente a la presencialidad, a mi bucolismo de trabajar por objetivos sin someterse a la inanición de los

minutos de más, al adquirir esa flexibilidad como trabajadores que donaran esfuerzos cuando correspondiera y recibieran compensaciones temporales cuando lo merecieran igualmente. Fue rechazada de facto, sin someterla a análisis.

El computar al segundo los minutos de trabajo no parece la mejor medida para situarnos en esa vanguardia del progreso que tanto envanece a quienes ganan unas elecciones cada día antes del desayuno. Converjo plenamente con la finalidad última de la chapuza: la erradicación de la explotación del trabajador bajo la amenaza de la no renovación del contrato; pero no puedo asimilar que el itinerario para erradicar la nueva variante de la esclavitud sea el ampliar las pupilas coercitivas de papá Estado hasta los umbrales del Gran Hermano. ¿No sería más expeditivo establecer un cauce para denunciar anónimamente las explotaciones, a modo de un 016 laboral, y actuar sobre esas empresas con tintes esclavistas?

¿Cuántos inspectores de trabajo serán necesarios de más para absorber el control horario de las empresas? ¿O acaso pueden absorber esta tarea los existentes? Si fuera así ¿han estado hasta la fecha rascándose las liendres? Sonríe, lo intento, pero me surge una mueca anticuada y me pregunto si no estaré comenzando a ver gigantes donde los demás siguen viendo hologramas de molinos.

La complejización laboral del tejido empresarial español, por acotar, ha expandido la casuística de tipos, modos, fórmulas y acuerdos de trabajo entre empresarios y trabajadores, pero esta obviedad la deben conocer sobradamente en la bancada socialista. No obstante a ello, no sé si en un afán infantil de restituir la "O" de "obrero", el PSOE ha lanzado la ley sin mayor envoltorio que las declaraciones populistas (y aborrezco el término porque quienes lo usan como arma arrojadiza lo son tanto o más que los destinatarios), una ley que nos retrotrae a otras épocas encorsetada, una ley que pretende igualar lo diferente entendido como una diversificación del progreso.

Mi disyuntiva actual se debate entre bajarme una app para fichar a diario, aunque en pijama y despeinado, por pura nostalgia, o poner en marcha una fábrica de manguitos porque presumo pudiera ser la siguiente iniciativa del Gobierno que nos viene para mantener, a cañonazos, la disciplina en empresas y trabajadores.

Trabajo gratis. Eso pedía el polémico anuncio de la UEFA en el que buscaba bailarines para la final de la Champions. «¿Quién no quiere participar en un evento mundial de este calado?», señalaba. «Sería como venderse por un minuto de gloria», respondieron los profesionales. Y ahí se terminó el debate, se acabó la polémica. Todo sucede tan rápido en la sociedad posmoderna en la que nos ha tocado vivir, que parece que lo importante es encontrar el titular al que contestar con contundencia sin pararse a pensar ni la causa ni la consecuencia del problema en cuestión.

El empleo sigue siendo el problema de nuestra sociedad. En cantidad y en calidad. Y lo será aún más para nuestros hijos: tal como anuncian los expertos la revolución tecnológica está provocando ya un cambio absoluto en las reglas del juego laboral. Nada es como antes y nunca volverá a serlo. El temor a que esas nuevas reglas acaben con el modelo de Estado Social que evite los desequilibrios es evidente. Para encontrar la solución hay que centrarse primero en el origen del problema. Hay que hacerse muchas preguntas para encontrar la respuesta.

A finales de los 90 el libro de **Spencer Johnson** ¿Quién se ha llevado mi queso? se convirtió casi en una guía para el mundo empresarial. Hay que adaptarse al cambio, decía el psicólogo norteamericano. Hay que con-

El trabajo no es un negocio

MIRANDO, PARA NO PREGUNTAR

Maite Fernández



vertir la crisis en oportunidad. Ahora hay quien teme que la tecnología acabe con todo el queso. Que los robots acaben con el trabajo. Personalmente creo que es el miedo al cambio quien puede quitarnos el queso.

«El cambio es lo único real» decía **Heráclito**. A nadie se le escapa que el mundo se está transformando de forma muy acelerada fruto de unos cambios tecnológicos que dan lugar a la llamada era digital; una época marcada por la automatización de procesos, la virtualidad, la robótica o la inteligencia artificial. Los robots son cada vez más sofisticados e «inteligentes» y se han convertido en habituales

compañeros de viaje por los laberintos de la vida.

En el Parlamento Europeo se discutió –y rechazó– la posibilidad de imponer un impuesto a los robots para compensar la destrucción de empleo. El debate en Europa sigue vivo porque tiene sentido que haya normas que regulen la relación entre robots y humanos en el trabajo. Tiene sentido plantear que esas regulaciones tengan no sólo ámbito estatal sino europeo si se quiere que haya unas nuevas reglas de competencia que mantengan una cierta igualdad de oportunidades.

Pero sobre todo tiene sentido que los gobiernos, a partir de un amplio diálogo social, prioricen la inversión en innovación y en formación. Formación continua para aprovechar lo bueno de la tecnología. Formación desde la base para asentar, por ejemplo, el lenguaje computacional con el que todos tendrán que co-laborar. Consolidar la Formación Profesional sobre la que se apoyan la mayor parte de los trabajos de la digitalización. De lo contrario seguiremos sin saber quien se ha llevado el queso.

Se nos removieron las entrañas al conocer el polémico anuncio de la UEFA. Pero no es la primera vez –ni será la última– que se cuente con voluntarios para hacer trabajos «por la comunidad, por la ciudad». Nos indignaremos de nuevo y lo volveremos a olvidar.